

Y ahora, ¿a dónde pondremos a nuestros santos? ¿En dónde les rezaremos? Algunos efectos del sismo del 19 de septiembre de 2017 en el estado de Morelos

Karina Ramírez Villaseñor* y Erandy Toledo Alvarado*

*Centro INAH Morelos
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Resumen

El presente artículo describe el proceso organizativo que se vivió, luego del sismo del pasado 19 de septiembre de 2017, en el poniente y nororiente del estado de Morelos. Este evento fue el detonante para la movilización de una serie de relaciones y redes de ayuda en la entidad. Aunque es un tema de gran importancia, poco se habla de los efectos que éste tuvo en la religiosidad popular. Por esta razón, en este trabajo se abordan los aspectos emocionales que estas poblaciones mostraron ante el daño que sufrieron sus espacios sagrados y sus imágenes religiosas. Al tiempo que se describen algunas de las estrategias que se tejieron para resguardar, cuidar y venerar sus santos y, así mismo, continuar con los procesos rituales durante las ferias y fiestas de la cuaresma que se celebraron este año a pesar de la incertidumbre que aún se tiene con respecto al futuro de sus espacios sagrados.

Palabras clave

Religiosidad popular; espacios sagrados; santos; reciprocidad.

Abstract

This article describes the organizational process which occurred right after the September 19th, 2017 earthquake in the west and northeastern areas of the Morelos State. This event triggered the aiding actions of individuals and several supporting social nets. Not much has been said about the effects of this earthquake on the popular religion, we believe this issue is a very important aspect because of the emotional impact in different communities, produced by the destruction of the sacred places and the religious images. We also describe several strategies taken to protect their religious images called "santos" and to continue with their ritual cycle displayed during their lent celebrations. These celebrations we carried out this year despite of the uncertainty around the reconstruction of their sacred spaces and saints.

Keywords

Popular religion; sacred places; saints; reciprocity.



El 19 de septiembre del 2017 se conmemoraba el 33 aniversario del terremoto que sacudió el centro del país en 1985. La gente relacionaba ese día con simulacros y otros eventos en escuelas y oficinas. El día seguía su curso mientras se hacían los eventos propios de esa histórica fecha que se mantiene en el recuerdo de muchos mexicanos.

Durante la evocación en el 2017, nunca se pensó que otro sismo pudiera ocurrir ese mismo día y mucho menos, que ocurriera en el estado de Morelos ya que, por su historia, se pensaba que no era una zona sísmica. Sin embargo, en punto de las 1:14 de la tarde sucedió un movimiento telúrico que se dejó sentir a lo largo y ancho del territorio morelense: “la tierra se cimbró”, dijeron algunos.

Este suceso marcó la historia del territorio morelense, los daños por ese sismo fueron muchos y profundos, con la pérdida de hasta más de setenta personas. El espacio cotidiano en el que los morelenses se mueven, cambió radicalmente.

Las preocupaciones inmediatas después del evento fueron las humanas, saber sobre la familia y encontrarse con los seres queridos, fue prioridad. Sin embargo, más allá de esto, la gente también empezó a mirar su entorno, éste se había transformado: casas, calles, monumentos históricos y, sobre todo, sus espacios sagrados, aquellos que siempre, desde que se tiene memoria, habían sido el resguardo de sus santos.

Los santos y el sistema de cargos, dentro de la religiosidad popular mexicana, son formas de identidad y vías de cohesión social, que permiten reafirmar los lazos de reciprocidad entre los habitantes de una comunidad y entre éstos y sus imágenes sagradas. Mantener esta relación de correspondencia es fundamental para los morelenses, pues a través de este medio se reafirma la relación con lo sagrado (Gómez-Arzapalo, 2010: 9-10). En este sentido, el sismo, provocó transformaciones en el entorno económico, social, cultural y hasta político, pero esto no paró la vida ritual del estado de Morelos, más bien, la intensificó porque, “gracias a sus santos”, los hechos no fueron más devastadores y pudieron sobrellevar la tragedia, las pérdidas humanas, materiales y la incertidumbre.

El sismo provocó angustia entre la población morelense y era constante escuchar “¿qué pasaría con sus iglesias?, ¿dónde pondrían a resguardo sus santos? y sí ya no podemos usar nuestras iglesias y capillas y ¿dónde se van a hacer las misas y los rosarios?” Estas preguntas representan la preocupación que se generó en los pueblos por sus espacios sagrados.

Por lo tanto, el presente artículo tiene como finalidad narrar las reacciones y acciones que se tuvieron que realizar en algunos municipios del estado de Morelos por el sismo del 19 de septiembre de 2017, ante las preguntas arriba mencionadas. Partiendo de la religiosidad popular, nos adentraremos en el resguardo de los santos y la reapropiación de los espacios sagrados que sufrieron afectaciones durante y después de sucedido el sismo.

Espacios y símbolos sagrados: reacciones entre la población del poniente y nororiente

Los espacios sagrados son lugares materializados que resguardan símbolos e imágenes que identifican y cohesionan a una sociedad en particular, debido a que, son los santos, los que los articulan con la realidad. De manera que, visitar el lugar en el que se resguardan y cuidar de los santos posibilita que lo divino se convierta en una experiencia vivida por el ser humano (García, 2003: 306).



Los daños provocados por este sismo en las iglesias morelenses no sólo fueron materiales, también pusieron en riesgo la relación con lo sagrado. La caída de cúpulas, campanarios y techos de éstas representó, para los morelenses, reorganizar su vida ritual y, al mismo tiempo, resguardar lo que adentro se encontraba.

Una de las primeras reacciones de la población morelense respecto a los espacios sacros, fue la preocupación por la afectación de cientos de campanarios, esto sumado a la prohibición de que se tocaran las campanas en los templos dañados para evitar que la vibración intensificara los daños, causó un silencio nunca vivido. En las comunidades, las campanas juegan un papel crucial dentro de las formas de ritualidad, puesto que el redoble de las mismas avisa sobre alguna muerte, festividad, novenarios, llegada de promesas, llamado urgente de ayuda o, simplemente, la misa dominical.

Por ejemplo, en el poniente, fue recurrente escuchar: “¿Ahora? ¿Cómo sabré si murió alguien en el pueblo? ¿Cómo me enteraré cuando haya algún difuntito? Voy a extrañar las campanas sonar”.



Figura 1. Campanario de la iglesia de “Padre Jesús” en la comunidad de Xochitlán, Yecapixtla, Morelos. Imagen: ©Karina Ramírez Villaseñor, 2017.



No obstante, otra preocupación con respecto a las afectaciones a los espacios sagrados tuvo que ver con las representaciones, símbolos y objetos que ahí se resguardaban. Una de las más importantes fueron las imágenes religiosas llamadas comúnmente, “los santos” o “santitos”, los cuales, en algunos casos, fueron sacadas de las iglesias para ser resguardados, provisionalmente, en cualquier lugar que les ofreciera mayor seguridad: casas particulares, otros templos, hoteles, canchas de sus múltiples, entre otros.

El resguardo de las imágenes religiosas

En el transcurso de los primeros minutos luego del sismo, los habitantes de distintas localidades, después de tener noticias de sus familiares, acudieron a las iglesias y capillas, pues su mayor preocupación era saber cómo se encontraban las imágenes religiosas, “sus santitos”. En diversos pueblos, como lo es la cabecera municipal de Yecapixtla, en la zona nororiente de Morelos, hombres y mujeres se movilizaron. Poco a poco se les veía llegar con prisa y ansiedad al acceso principal del exconvento del siglo XVI. Nerviosos, esperaban a que les permitieran ingresar, pues las puertas de la iglesia ya se encontraban cerradas.

El panorama era desolador, pues el campanario, la torre y el reloj de la iglesia no resistieron el intenso movimiento de la tierra. La angustia se incrementaba y un número significativo de personas esperaban en la entrada. Algunos expresaban su preocupación y el anhelo de que sus imágenes se encontraran bien.

Otros más, manifestaban su tristeza al ver a esa majestuosa construcción histórica dañada. Decían: “se dañó la iglesia, lo más bonito que tenemos en el pueblo ¿ahora qué van a visitar los turistas?” Los yecapixtlenes trataban de asimilar que, aquella iglesia que vio crecer y morir a sus antepasados, en la que se casaron sus padres, en donde ellos y ellas fueron bautizados, contrajeron matrimonio y bautizaron a sus hijos e hijas, ahora se encontraba dañada.

Los comentarios sobre los daños en iglesias cercanas fluían en cada conversación. Se escuchaba decir “dicen que la iglesia de Xochitlán también se derrumbó” o “La capilla de San Marcos también está dañada”. Aunque no contaban con medios de comunicación como el celular, la información pasaba de boca en boca y la angustia aumentaba.

Aunque el número de yecapixtlenes ahí reunidos era significativo, sólo algunos podían entrar al atrio de la iglesia: de manera prioritaria, los cofrades o miembros de la Corporación, como la llaman, y los respectivos mayordomos y mayordomas de cada una de las imágenes religiosas.

El proceso para sacar a las imágenes del interior de la iglesia fue lento. La organización debía ser precisa, ¿quién iba a entrar a la iglesia?, ¿cómo iban a sacarlos?, ¿a dónde iban a llevarlos?, ¿cómo iban a transportarlos?, aunque el miedo por un derrumbe y el temor por lo sucedido o por una réplica del sismo era inminente, poco importaba, el objetivo era claro: poner a salvo a “sus santitos”, los cuales más que ser, únicamente, figuras religiosas, son sus protectores, son los patronos o patronas y son parte de su familia.

El sismo fue un evento que trastocó la vida cotidiana de muchas personas, pero también generó dinámicas de ayuda y unión entre la población. Por ejemplo, con relación a las imágenes, no fue necesario hacer un llamado a la comunidad, pues poco a poco los devotos de cada uno de los “santitos”, se fueron integrando.



El mayordomo de san Marcos, en Yecapixtla, narra que no podía tocar las campanas, pues la capilla estaba dañada, pero que tampoco fue necesario porque poco a poco, la gente se fue reuniendo. “Después de ver que la imagen estaba bien, decidimos sacarla, porque no nos íbamos a esperar a que otro temblor la fuera a dañar”, expresó.

Otro ejemplo, es lo que se vivió en el poblado de Totolapan, donde narran cómo fue que la comunidad se organizó para llevar a un lugar seguro al Cristo Aparecido. De manera específica narran que minutos después del sismo, uno de los fieles devotos del Cristo corrió, incluso sin camisa, a las inmediaciones de la iglesia, pues su mayor preocupación estaba centrada en la escultura de Jesucristo.

Otro devoto más, el señor Osvaldo, recuerda que al llegar al atrio de la iglesia vio a su esposa y a sus hijas que ya estaban ahí reunidas, algunos señores y los “padres franciscanos” que habitaban en el exconvento. “Fue triste ver cómo estaba la iglesia, uno pensaba lo peor de las imágenes”, expresó don Osvaldo.

Al ingresar a la iglesia se percataron de que parte del techo se había colapsado, justo en la zona donde se encontraba el patrono San Guillermo y el Cristo Aparecido. Ambos se encontraban de pie; sin embargo, el Cristo Aparecido presentaba daños en sus “deditos”, por lo que la gente de Totolapan interpretó que, “el Cristo Aparecido se dañó sus deditos al proteger a su pueblo del sismo”. Así que se apresuraron para sacarlos del interior del inmueble.

Un habitante de Totolapan, narra que: “luego de ver a la familia y la casa, todos corrimos a la iglesia, porque es como nuestra segunda casa. Aquí todos estábamos llorando”.

Sin embargo, aunque el sismo del pasado 19 de septiembre generó pérdidas humanas y materiales, como el daño en las casas habitación, las iglesias y algunas representaciones religiosas, también fue un motor para cohesionar a la sociedad.

Pues después de sacar a las imágenes de los templos, las acompañaron en procesión a aquellos espacios que consideraron “seguros” para su resguardo. Por ejemplo, para la familia del mayordomo de San Marcos, es todo un privilegio darle posada al santo, pues, aunque durante el año que dura el cargo de la mayordomía, alojan a la imagen pequeña de dicho santo, la cual llaman “de mandito”, no todos tienen la oportunidad de tener en casa al “mero, mero patrón”, como ellos lo nombran, durante varios meses.

Aunque el trayecto de las iglesias a estos espacios designados para los “santos” fue en silencio, sin música, sin velas para alumbrarle ni flores, sí fue acompañado del cobijo de su gente, de aquellos que le daban gracias por cuidarlos durante el sismo, por proteger a su pueblo, a sus familias, sus siembras y sus casas y al mismo tiempo, le pedían protección para seguir adelante después de dicho suceso.

Los espacios alternativos para las fiestas y las ferias después del sismo

Ante los daños inminentes en 315 iglesias que el equipo del Centro INAH Morelos ha identificado, muchas imágenes religiosas tuvieron que ser resguardadas en espacios alternativos que, momentáneamente, tuvieron que ser adaptados para alojar a una o varias de las mismas



En algunos poblados, “los santitos” fueron puestos a salvo, en las casas de sus respectivos mayordomos, pero en otros casos, como ya se señaló, se recurrió a hoteles, canchas deportivas techadas e incluso salones de fiestas. Algunos más, fueron llevados a otras iglesias o capillas que la gente consideró que no tenían daños significativos que los pusiera en riesgo.



Figura 2. Resguardo de las imágenes religiosas en el municipio de Mazapetec, Morelos. Imagen: ©Erandy Toledo Alvarado, 2018.

Sin embargo, después de dar resguardo a las imágenes religiosas surgió un cuestionamiento ¿qué iba a pasar con las fiestas patronales y con las ferias?, ¿se iban a realizar? Y de ser así ¿dónde se realizarían si las iglesias se encontraban afectadas? Con ello es importante recalcar que la población estaba dolida, no sólo por las pérdidas humanas, sino por los daños en sus monumentos históricos y de manera particular, por sus iglesias, que son símbolos de su identidad.

La celebración más próxima después del suceso del 19 de septiembre, fueron los días de muertos y los habitantes de algunos poblados como Tepalcingo, pensaban que quizás no se pondrían ofrendas, pues algunos no se sentían con ánimo de celebrar. Sin embargo, no fue así, ya que la población celebró a sus difuntos. Incluso, en algunos albergues y escuelas también celebraron y dedicaron sus altares a las víctimas de este sismo que cimbró a Morelos y estados circunvecinos.

A mí me llamó mucho la atención que después del sismo, estaba muy segura que el día de las ofrendas iba a estar muy apagado todo y me sorprendí mucho porque afortunadamente me di cuenta que no. Que el sismo no nos detuvo, pues las costumbres están primero que cualquier sismo. Porque aun con tanto desastre que tuvimos, nuestras costumbres estuvieron presentes y dentro de nuestras posibilidades no dejamos pasar el día de muertos. Eso mismo espero con las demás celebraciones, pues, aunque si es diferente, seguimos de pie. (Habitante de Tepalcingo, Morelos, 2018).



Aunque la vida cotidiana y espacios de encuentro y socialización, tales como las casas habitación, las iglesias y las escuelas fueron afectados, las comunidades, poco a poco comenzaron a reconstruir su propia cotidianidad. Es importante mencionar que, esto no significa que no existieran vacíos, carencias, dolor, angustia e incertidumbre; pero poco a poco tejieron redes y diseñaron estrategias que les permitieron continuar aún ante el inminente desastre.

Para la celebración de las fiestas religiosas y las respectivas ferias, las comunidades se organizaron e hicieron uso de espacios alternativos. Por ejemplo, en el poblado de Tepalcingo, donde se celebra el tercer viernes de cuaresma en honor al “Señor de Tepalcingo” y donde reciben a miles de peregrinos provenientes de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Estado México, CDMX y Morelos; se dieron a la tarea de construir una iglesia “temporal” a base de estructuras de metal, madera y láminas, en un espacio llamado “La casa del peregrino”.

Mientras que en Totolapan, al igual que en Yecapixtla, durante su respectiva feria de Cuaresma, rentaron estructuras metálicas y con lonas de color blanco, que fueron colocados en los atrios, improvisaron el altar de sus santitos y ahí recibieron a los peregrinos que acuden año con año.

En Mazatepec, por ejemplo, municipio ubicado en el poniente de la Tierra Caliente morelense, se dañó el campanario de la iglesia y también el santuario dedicado al Señor del Calvario, un cristo aparecido en el siglo XIX que celebran en el V viernes de cuaresma y al cual visitan miles de peregrinos del Estado de México, Guerrero y Ciudad de México.

A diferencia de otras imágenes, el Señor del Calvario no se puede mover, puesto que es una pintura sobre un bloque de piedra, el cual se ubica en un nicho en el que los peregrinos y visitantes, durante la fiesta en su honor, pasan a ver de cerca. No obstante, esta vez fue diferente, ya que, ante los daños a la imagen y a la estructura del santuario no permitieron el fácil acceso hasta el Cristo.

La fiesta que se celebró en marzo de 2018 tuvo que modificarse y, así también, el espacio en el que los peregrinos se instalaban, puesto que, este año, las misas se tuvieron que hacer en el atrio de la iglesia. Mientras que el Cristo se visitó por tandas de 10 personas, alrededor de una zona permitida por protección civil.

Es importante señalar que, en distintos puntos del estado de Morelos, la religiosidad popular no se interrumpió a raíz del sismo, pues las fiestas y las ferias en torno a “sus santitos” y también a sus difuntos, continuaron.

Incluso, se puede entender que las distintas celebraciones y ferias en torno a las imágenes religiosas, representan para los creyentes un espacio de encuentro e interacción con “sus santitos”; por lo que la continuidad de este ciclo festivo fue oportuno, para darle las gracias por protegerles del sismo y al mismo tiempo para implorar aún su protección, como se vio en Tepalcingo a partir de un tapete hecho de semillas, donde Cristo abrazaba el santuario de Tepalcingo o en Totolapan, donde construyeron una maqueta del pueblo y la colocaron a los pies del Cristo Aparecido, implorando su protección.





Figura 3. Tapete elaborado en Tepalcingo, Morelos, durante la Feria del Tercer Viernes de Cuaresma. Imagen: ©Karina Ramírez Villaseñor, 2018.

Es por ello que, la continuidad del ciclo festivo religioso, así como el cumplimiento del sistema de cargos es fundamental para las comunidades morelenses; pues como señala Gómez-Arzapalo (2010: 2), éstos son espacios y momentos que les permiten establecer relaciones con la divinidad; por lo que éstos “junto con la constante vida ritual [...] conforman un complejo sistema estructurado que facilita la identificación de los individuos con su pueblo, llevándolos a la cohesión social y ayudando a la reproducción cultural”.

De manera que, para los pueblos, el celebrar las fiestas y las ferias aun ante las condiciones que se generaron después del sismo, les permitió continuar con las relaciones de reciprocidad que se establecen no sólo con distintos miembros de la comunidad, sino de forma prioritaria con las devociones.

Comentarios finales

La preocupación por sus santos y sus espacios sagrados sigue estando presente después de ocho meses de ocurrido el sismo. Hoy en día, la organización de sus fiestas y su vida religiosa ha tenido que adaptarse a los efectos y daños provocados por éste. Signo de que entre los pueblos que habitan el territorio morelense existe un arraigo importante a los símbolos y lugares que son parte de su identidad grupal y sobre los que se reafirma la cohesión como grupo.

De manera que los procesos organizativos, el resguardo y la continuidad del ciclo ritual ceremonial en las distintas comunidades de Morelos, reflejan la fuerte y estrecha relación de reciprocidad que se teje entre los santos y los devotos. De manera particular, con el tapete que los feligreses hicieron en Tepalcingo, donde el Cristo abraza a la iglesia y a su pueblo para protegerlo; así como la maqueta del pueblo de Totolapan que fue colocada a los pies del Cristo Aparecido, son ejemplo de cómo la religiosidad popular cobró mayor visibilidad, procesos en los cuales se puso mayor énfasis a la reciprocidad, pues así como “sus santitos” los protegieron, ellos y ellas le correspondieron resguardándolos y celebrando la fiesta en su honor, momento en el cual también le solicitan que, continúe dándoles su protección.

*



Referencias

García, Rodrigo (2003) “Espacio sagrado y religiosidad popular: perspectivas veterotestamentarias”, *Teología y Vida*, Volumen XLIV, pp. 310-331.

Gómez-Arzapalo (2010), “Los santos y sus ayudantes. Mayordomías en Xalatlaco, México”, *Gaceta de Antropología*, núm. 26, pp.1-16.

Habitante de Tepalcingo, Morelos (2018) Entrevista con la Dra. Karina Ramírez Villaseñor como parte del proyecto *Reflexiones del sismo del 19 de septiembre*, de la materia de sociología del COBAEM, plantel 07, Tepalcingo, enero de 2018.

